

—¿Qué quieres aquí?—preguntó indignado de aquel atrevimiento Pedro Juan.

—Perdóneme usía; la señora me manda entregarle esta esquela en el momento.

Pedro Juan recibió la esquela, y dijo al criado:

—Retírate.

El lacayo salió, Pedro Juan abrió la carta, y Julia escuchó su lectura con los ojos saliéndosele de sus órbitas.

« Señor: »—decía la carta.

« No puedo permanecer bajo el mismo techo que mi esposo y la mujer que me ha ofendido; os abandono á los dos á vuestros remordimientos.

« MAGDALENA. »

—Esto es imposible—exclamó Pedro Juan lanzándose fuera de la estancia.

—¡Oh! exclamó Julia—yo soy, aunque inocente, la causa de todo, yo la maldecida, yo la que no debo permanecer aquí.

Y saliendo de la estancia, bajó precipitadamente la escalera y llegó hasta la mitad de la calle.

Comenzaba ya á oscurecer.

## VI.

### La maldecida.

JULIA, como una loca, comenzó á atravesar calles desconocidas para ella; miraba con asombro á cuantos la encontraban, y pasaba esquivando su rostro de cualquiera luz.

¿Adónde iba? no lo sabia ella misma; pero caminaba sin descansar.

La noche avanzaba, las calles iban quedando desiertas, y Julia, estenuada de fatiga y de sed, se dejó caer cerca de una puerta en un callejon triste, oscuro; hubiera querido dormir, morir, desmayarse, en fin, perder por un momento la memoria, la conciencia de su situacion; pero no podia.

Tenia deseo de andar, de correr, pero no podia ya dar un solo paso, y se resignó á permanecer allí.

Procuraba encontrar en su mente alguna idea que la iluminara para hallar un amigo, un refugio, y no encontraba ni un nombre conocido que viniera en su ayuda para alentarla.

Serian las diez de la noche, cuando oyó los pasos de un hombre que venia por el callejon.

La jóven tuvo miedo y procuró envolverse, por decirlo así, en la oscuridad de la calle.

El hombre se acercaba é iba ya á llegar adonde estaba la jóven, cuando se detuvo y llamó á la puerta inmediata.

Le esperaban allí sin duda, porque una voz femenil preguntó desde adentro inmediatamente:

—¿Quién va?

—Yo, hija—contestó el hombre.

La puerta se abrió, dejando salir una ráfaga de luz; el hombre que llegaba penetró, y todo volvió á quedar en silencio.

Julia volvió á entregarse libremente á sus tristes meditaciones.

Así pasó una hora, y la jóven volvió á escuchar que habia ruido en aquella puerta.

—Vuelven á salir—pensó la jóven;—Dios quiera que no me vean!

En efecto, la puerta volvió á abrirse, y el mismo hombre, acompañado de una mujer que tenia un candil en la mano, volvió á salir.

—Retírate, Paulita—decia el hombre;—puede hacerte mal el frio de la noche.

—Déjame que te alumbre—contestaba la mujer—siquiera mientras sales de este callejon.

—Bueno; pues hasta luego.

—Dios te lleve con bien.

El hombre dió un paso, y repentinamente lanzó una exclamacion; á la luz del candil que traia la mujer habia visto á Julia.

—¿Qué te sucede?—exclamó la mujer, adelantándose con el candil hasta donde estaba el hombre.

—Mira, Paulita—contestó el hombre mostrándole á Julia, que los miraba con terror.

—¡Una mujer abandonada!—exclamó Paulita, acercándose á la jóven.—¿Señora, qué es esto? ¿qué haceis aquí?

Julia nada contestaba.

—¡Ay! pobrecita jóven!—dijo Paulita;—arrímate, Jején; mira, creo que está *ida*; no contesta, no habla; y es bonita.....

—Señora, niña—dijo el Jején—¿cómo os llamis? ¿qué estais haciendo aquí? Paulita, esta jóven debe ser rica; mira sus zarcillos, la saya.

—¿La haremos entrar en casa?—preguntó Paulita.

—¿Y si es loca?—contestó el Jején.

Paulita retrocedió espantada con esta observacion.

—¡Ay!—exclamó Julia—no soy loca, señora! no soy mas que una mujer desgraciada! ¡soy una maldecida!

—¡Ave María Santísima!—exclamaron á un tiempo Paulita y el Jején, retrocediendo y santiguándose con devocion.

—Sí, llevo sobre mí la maldicion de mi madre; pero Dios es testigo de que no la he merecido, de que soy inocente.

Y Julia se cubrió el rostro con sus manos y comenzó á llorar con amargura.

Paulita no pudo resistir; la compasion triunfó en su corazon, y se acercó á Julia.

—No lloreis aquí—le dijo con tono cariñoso;—entrad, entrad á nuestra casa; vamos, levantaos, entrad; la noche está muy fria y álguien podrá pasar: entrad, levantaos.

Y procuraba ponerla de pié.

Julia, vencida por aquella dulzura, quiso levantarse, pero estaba tan fatigada que casi le era imposible.

—Jején, Jején—gritó Paulita;—ven, ayúdame; haremos entrar á esta señora en casa; casi está desmayada.

El Jején se acercó, y á pesar de su pequeña estatura, levantó á Julia entre sus robustos brazos.

—Alumbra, Paulita—dijo;—esta señora se ha desmayado.

En efecto, Julia habia perdido el conocimiento. Paulita abrió la puerta, y el Jején entró en la casa y depositó su carga en una cama que habia en la estancia inmediata.

—¿Quieres que te acompañe?—preguntó el Jején á Paulita.

—No; vé á tu negocio, pero procura no tardar mucho.

El Jején salió y Paulita cerró por dentro la puerta. Julia volvió en sí dando un suspiro.

—¿Os sentís mejor?—dijo Paulita, acercándose á la cama.

—¡Oh! sí! cuánto favor os debo! soy tan desgraciada! tan desgraciada!.....—y la jóven volvió á llorar amargamente.

—Calmaos, señora—le decia Paulita acariciándola—calmaos; ya estais aquí en un lugar tranquilo, sin temores, sin zozobra; calmaos: yo no os diré que me comuniquéis vuestras penas, porque no tengo mérito para ello; pero yo procuraré consolaros.....

—¡Dios mio! vos teneis, señora, derecho de saber quién soy, quién es esta infeliz á quien habeis recibido en vuestra casa; vos teneis derecho á preguntármelo y á arrojarme de aquí si os causo horror.

—¿Arrojaros? ¿por qué? ¡Dios nos libre de una mala accion! no, señora, aquí nadie me manda mas que mi marido, que es ese hombre que os ha tomado en brazos para conducirnos aquí, y él está muy contento siempre con lo que yo hago..... no, aquí estais bien, y nadie os preguntará ni siquiera cómo os llamis.....

—Teneis una alma muy generosa, y voy á confiaros mis penas; oid:

—Señora, mirad que nada os pregunto, que nada quiero saber.....

—No importa; no os lo referiré por vos, por saciar vuestra curiosidad, sino por mí, por encontrar una persona en el mundo á quien confiar mis desgracias, por aliviar á mi alma del inmenso peso que la oprime, y creo que no encontraré un corazon mas digno que el vuestro para depositar mi secreto.

—En tal caso, hablad, señora, que yo guardaré vuestro secreto y procuraré consolar á vuestro corazon.

Julia se habia incorporado en el lecho; Paulita estaba sentada en el mismo lecho á su lado.

Aquellos dos rostros, de una hermosura tan diferente, casi se tocaban; la caridad habia formado entre aquellas dos almas un vínculo de oro.

Julia lloró un momento; luego enjugó repentinamente sus lágrimas, y como haciendo un esfuerzo violento, comenzó su relacion.

Paulita la escuchaba conmovida.

Julia le refirió todas sus desgracias, sin ocultarle ni sus amores con Brazo-de-acero, ni las seducciones de Pedro Juan, ni la misma maldicion de la señora Magdalena; pero todo con tanta expresion, con tanta verdad, y muchas cosas entre llantos y suspiros, que Paulita no pudo menos de enternecerse.

—¡Oh! sois inocente y desgraciada, señora!—le dijo al terminar aquella relacion—y yo soy dichosa con haberos ofrecido mi pobre casa.

Paulita atrajo la hermosa cabeza de Julia y la besó en la frente.

—Habeis sido para mí un ángel—contestó Julia;—¿qué seria de mí, abandonada, sin amparo, sin abrigo, sin esperanza? ¡Oh! sois mi providencia! os debo una gratitud eterna!

—No hay que decir mas, estais fatigada: ¿quereis tomar algo?

—No, me siento mejor.

En este momento llamaron á la puerta; Julia se estremió, y Paulita, que la tenia abrazada, lo advirtió.

—No tembleis—la dijo;—es Jején, es mi marido—y desprendiéndose de los brazos de la jóven, corrió á la puerta y abrió violentamente.

El Jején penetró en la habitacion, pero no venia solo; un hombre embozado hasta los ojos y cubierto con un gran sombrero, le seguia.

El Jején, sin contestar á Paulita, se dirigió, seguido del embozado, hasta la estancia en que se encontraba Julia, y dijo mostrándosela:

—Ahí la teneis; ¿es ella?

—¡Es ella!—exclamó el hombre, dejando caer su embozo y quitándose el sombrero.

—¡Don Justo!—exclamó la jóven reconociéndole.

—Yo soy—contestó Don Justo;—yo, que he sido la causa, aunque inocente, de cuanto ha pasado hoy en vuestra casa, supe lo ocurrido; este hombre es para mí de gran confianza, y lo envié á llamar esta noche para que procurara averiguar qué habia sido de vos: la suerte me ha favorecido, porque al hablarle del servicio que yo queria que me hiciera buscándoos, me dijo que casualmente habia dado asilo en su casa á una jóven; creí que pudiérais ser vos, y no he vacilado en venir á convencerme por mí mismo: Dios me ayuda, porque tengo al fin la dicha de encontraros y ofre-

ceros, como lo hago, cuanto necesiteis para salir de tan horrible situacion.

Paulita, que estaba detrás de Don Justo, hizo un dengue como de burla, y el Jején, sonriéndose, le recon vino con una mirada y un ligero fruncimiento de entrecejo.

—Gracias, señor—contestó Julia—gracias; en nada deheis culparos de cuanto ha pasado, y creed que yo misma lo ignoraba: por lo demás, señor, en estos momentos aun no sé qué resolucion debo tomar; estoy incapaz de moverme, de pensar, de todo, y si mis protectores me lo permitieran, yo les pediria el favor de permanecer aquí siquiera dos dias.

—Por supuesto, por supuesto—dijo con viveza Paulita, adelantándose como para defender á Julia;—no dos dias, dos años: yo estoy muy contenta, nada nos faltará, porque yo haré trabajar al Jején, ¿es verdad? y él lo hará con mucho gusto; ¿es verdad, Jején?

—Sí, señora—dijo Jején—nada os faltará y aquí estareis segura.

—En tal caso—dijo Don Justo—nada hay que agregar; sin embargo, pasado mañana volveré á veros para que me deis vuestras órdenes, si algo se os ofrece. Adios, Julia, hasta pasado mañana. Si algo quereis antes, no teneis sino avisarle al Jején, y él me lo dirá.

—Gracias, señor, gracias—contestó Julia estrechándole la mano.

—Adios.

—Ah! un favor quisiera pedirlos—dijo Julia.

—Hablad; ¿qué no haré por serviros?

—Desearia que se guardara el mas profundo secreto acerca del lugar en que me encuentro; que ni mi madre, ni Don Pedro Juan, sepan de mí.

—Os lo prometo; nosotros cuatro nada mas lo sabremos sobre la tierra.

—¡Ah! sois muy bueno, señor!

Don Justo se retiró y el Jején le acompañó hasta la puerta; Paulita y Julia quedaron solas.

—¡Qué hombre tan bueno!—exclamó Julia.

—Para nada—contestó Paulita.

—¡Cómo!.....

—No os fieis de él, os lo aconsejo.

—Pero.....

—Silencio; ahí vuelve el Jején y le quiere mucho.

El Jején cerró la puerta y volvió adonde estaba Julia.

—Creo que has hecho mal en traer aquí á ese pájaro—dijo Paulita.

—¿Por qué, Paulita?—preguntó el Jején.

—Ya sabes que no le quiero.

—El mostraba mucho interés por la señora, y yo creí que le hacia á ella un servicio en esto; ¿hay algun antecedente malo?

—No—dijo Julia.

—¿Pues entonces?.....

—Es una corazonada—contestó Paulita.

—Ya le pondremos en cintura si se propasa—agregó el Jején;—por ahora á descansar.

Y la feliz pareja salió á dormir al otro cuarto, cediendo á Julia el lecho conyugal.

—Déjame libre el paso.

—Oyeme.....

—No—exclamó la señora Magdalena con resolución y se dirigió á la escalera.

—¡Ella lo que quiere!—exclamó Pedro Juan para mañana será la víctima de sus temerarios intentos; ¡maldita y desobediencia!

—¡Justa dice!—preguntó volviéndose violentamente la señora Magdalena—¡justa dice!—preguntó desatentado.

—¡Justa dice!—preguntó volviéndose violentamente la señora Magdalena—¡justa dice!—preguntó desatentado.

—¡Justa dice!—preguntó volviéndose violentamente la señora Magdalena—¡justa dice!—preguntó desatentado.

—¡Justa dice!—preguntó volviéndose violentamente la señora Magdalena—¡justa dice!—preguntó desatentado.

—¡Justa dice!—preguntó volviéndose violentamente la señora Magdalena—¡justa dice!—preguntó desatentado.

## V.

### La transaccion.

CUANDO Pedro Juan leyó el billete de despedida de la señora Magdalena, se lanzó á buscarla para impedirle que abandonara la casa, y llegó tan oportunamente, que en aquel momento la señora Magdalena salia de su estancia.

—¡Magdalena!—exclamó Pedro Juan—¿adónde vas?

—Dejo para siempre esta casa—contestó con altivez la señora Magdalena.

—Pero ¿piensas lo que vas á hacer? á dar un escándalo, á convertir á toda la familia en la fábula de la ciudad.

—Todo lo he pensado, y suceda lo que Dios quiera, esta casa no la habitaré mas.

—¡Magdalena, por Dios!

—Déjame salir.

—Escúchame una palabra.

—Nada escucho.

—Magdalena, ten prudencia, mira.....